

## DISOLUCIÓN Y METAMORFOSIS EN LA POÉTICA DE THOMAS MERTON

SONIA PETISCO

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

“Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz, y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida obrando contra mí, la perderá: más quien perdiere su vida por amor a mí, la encontrará” (*Mt. 16, 24-26*)

### RESUMEN

El presente trabajo reúne una inquietante selección de poemas de Thomas Merton vertidos al castellano, que representan lo que podría denominarse poética de la disolución. Son vislumbres todos ellos que expresan de forma privilegiada su proceso de desprenderse del mundo y de sí mismo, siendo –como veremos– ambas cosas inseparables. Lejos de desembocar en un pesimismo nihilista, la denuncia de Merton a las formas de sumisión a la realidad y a las identidades particulares constituye un referente de gran aliento en su obra, verdadera fuente de inspiración, de gozo y de vivas consideraciones, por cuyos derroteros les invito a perderse a todos ustedes.

### ABSTRACT

This piece of work comprises an astonishing selection of poems by Thomas Merton which I have translated into Spanish and which represent what could be called poetics of dissolution. They are all glimpses which accurately convey his progressive abandonment of the “world” and of his own “self”, both actions being –as we will see–

inseparable one from the other. Far from leading to a nihilist pessimism, Merton's criticism of the forms of submission to reality and his attack on individual identities throughout his work constitute an authentic source of strength, inspiration, joy and vivid considerations, among which I invite all of you to lose yourselves.

Cualquier formulación que podamos plantear en torno a la obra del escritor norteamericano Thomas Merton (Francia 1915-Bangkok 1968) nunca podrá rozar tan siquiera algo de la verdad que su verbo singular acertó a formular con tanta compasión como dureza. Es más, correríamos el riesgo de atentar contra la claridad de su palabra, de desactivar y enmarañar con literaturas o con filosofías lo que de ella brotó como razonamiento desmandado, como de una herida nunca cerrada, transida por una suerte de experiencia descubridora.

Trataremos pues a lo largo de estas líneas de exponer la voz desnuda de esta figura singular en el panorama del pensamiento contemporáneo, monje, poeta y novelista, cuya influencia nos enriquece con el paso del tiempo haciendo justicia a una obra controvertida, deudora de la tradición bíblica, pero profundamente enraizada en la crítica de su tiempo.

Cabría aventurar que toda la vida de este gran contemplativo y crítico excepcional de alcance universal consistió en un paulatino desprendimiento tanto del mundo como de sí mismo, haciéndose eco de las palabras evangélicas citadas al comienzo de nuestro trabajo. Su intrincado camino comienza a los dieciséis años, quedando huérfano de padre y madre. Es entonces cuando el joven inicia una incesante *reserbe* por paisajes diversos, alternando viajes por Italia, Inglaterra, EEUU y Cuba que culminarán con su abandono del mundo secular y su ingreso en 1941 en la Abadía trapense de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky), desembocando finalmente en una ruptura de los muros *claustralis* y una opción firme por el eremitismo y el monasticismo universal, algo que lejos de separarle de sus hermanos le condujo a una verdadera experiencia de comunidad desde la soledad más auténtica.

Esta evolución del poeta que parte de un rechazo del mundo y un aparente aislamiento dentro de un monasterio, se caracteriza por su amor y comunión con todos los hombres, lo que marcará decisivamente tanto la temática como el contenido respecto a sus diferentes etapas como escritor.

Es por ello que iniciamos nuestra reflexión adentrándonos con Thomas Merton, al hilo de su propia poesía, en el seno de la paradoja que fue su controvertida aventura vital.

Comenzamos con un poema tan lúcido como audaz que refleja su creciente *comptemptus mundi* y su actitud de radical negación del laberinto urbano, espejo de la enfermedad de la conciencia moderna. Dicha composición se incluye en su libro *Early Poems (1940-1942)* y nos recuerda inmediatamente a T. S. Eliot en *The Waste Land* y García Lorca en *Poeta en Nueva York*. Está dedicado al lugar donde el poeta permaneció varios años siendo estudiante de Filología Inglesa en la Universidad de Columbia, antes de convertirse en monje y es una afrenta directa, un genuino retrato del mundo neoyorkino en vísperas de la contienda mundial, sobre una Europa arrasada por los bombardeos en sus grandes metrópolis.

Merton no calla y como ritual dolorido y jubiloso va desgranando la vida cotidiana de la ciudad progresada, especie de prisión donde las masas sobreviven alienadas y sometidas a la vanidad de la fe que rige el mundo. Con un ritmo inusitado y equívoco irá resucitando a lo largo de todo el poema una lluvia sucesiva de imágenes, grotesco escenario que denuncia la monotonía, el hastío, el lujo, el derroche y la superficialidad de la sociedad americana. Toda una suerte de ilusión colectiva basada en falsas ideas, fantasías, y diversiones que el poder les impone. Cómplices somos –viene a decirnos– perfectamente acomodados en un mundo desintegrador y estéril que ha perdido todos sus fundamentos morales y sufre la tristeza y la condena cada vez más tremenda a la individualidad personal, tema sobre el que más tarde abundará en su ensayo “Rain and the Rhinoceros”<sup>1</sup>. Como Berenguer, el protagonista de la obra de Ionesco, el poeta desafía a la manada entera y se lanza así imperiosamente a descubrirnos un engranaje de ficciones que resume la mentira de la realidad, lugar de donde parte, sin duda, toda su rebelión, toda su fuerza creadora. Su grito en contra del dinero y la pobreza, verdadera suma de la modernidad, será la evocación final con que concluye este poema al servicio de una latente reflexión posterior por parte del lector:

El poema se titula:

HIMNO DE POCA LOA A LA CIUDAD DE NUEVA YORK

Cuando las ventanas del West Side chocan como címbalos  
Al caer la tarde

Y cuando el viento gime entre las antenas del East Side  
a lo largo de la calle treinta y cuatro  
En todos los vertiginosos edificios

Los ascensores crujen y chirrían las rejas de sus cabinas  
Entonces los hijos de la ciudad,  
Abandonando las guaridas de monos  
De sus oficinas y apartamentos,  
Con la mayor dificultad abren sus bocas y cantan:

“¡Nueva York: Reina entre las ciudades de la Tierra!  
Deliciosa como un pastel, vulgar como un donuts,  
lujosa como la piel, y disparatada como la cocaína,  
Nos embelesa tu agitación

Tu enorme rostro de banca fastuosa  
Dando a conocer al loco mundo la abundancia de tus caudales!

“Esta es tu noche para hacer maracas con todas esas  
monedas de metal

París está en prisión y Londres muere de cancer  
Es el momento para que dances como un derviche  
Reina de la inventada paz  
permite que la excitación de tus congas mutiladas  
Suplante a los vales de las más resplandecientes  
Capitales bombardeadas.

“Entre tanto, mientras tú bailas, nosotros, tus hijos  
llorando aturcidos en nuestro zoo de cristales  
Atiborrados de aspirinas

Trataremos de impedir que nuestra jaula se derrumbe sobre nosotros.

Todo el tiempo nuestras mentes se colmarán de estas súplicas  
Brotando sigilosamente pulso a pulso.  
Nos servirán de oración:

“¡Oh Nueva York! ¡enciérranos en las cómodas prisiones de tus cines!  
 Envíanos a tus semiprivados hospitales de pago y a los pálidos manicomios  
 De las repelentes parties,  
 Condénanos de por vida a los penales de tus bares y  
 clubs nocturnos,  
 y déjanos para siempre turulatos soportando los azules de neón  
 que impregnan las blanqueadas enfermerías de tus restaurantes,  
 y las clínicas de tus colegios y oficinas  
 y los quirófanos de tus salones de baile.

“Pero jamás nos des explicaciones, incluso aunque preguntemos,  
 por qué todo nuestro alimento sabe a medicina  
 y hasta nuestras flores más frescas huelen a funeral.  
 No, jamás nos permitas averiguar sobre la cuestión de  
 Cuáles son los ricos tiritando en sus despachos recalentados,  
 Y cuáles los pobres durmiendo de bruces sobre  
 El periódico  
 Quienes están vivos, y quienes están muertos”<sup>2</sup>.

El desprecio del Merton por la vida metropolitana fue cada vez en aumento. Fiel a los designios del destino, nuestro monje sintió la urgente necesidad de iniciar el viaje desde la ciudad irreal (Londres, Nueva York), a la ciudad paradisíaca (la comunidad trapense)<sup>3</sup>. Así, como ya señalamos, a principios de los años cuarenta, optó por retirarse a vivir a la Abadía de Nuestra Señora de Getsemaní. Cuando ingresó en el monasterio en 1941, escribió el siguiente poema en el que nos vamos a ocupar titulado: “Una carta a mis amigos” dirigido a sus amigos y compañeros universitarios Robert Lax y Edward Rice con los que compartió muchos momentos de estudio y conversación durante su etapa estudiantil en Columbia. Disfrutaron de una amistad íntima y de una estrecha colaboración que germinó en la creación de la revista *The Jester*. En el verano de 1939, pasaron todos juntos varios meses estivales en un pequeño *cottage* situado al oeste de Nueva York, entregados a la lectura, entre otros textos, del impenetrable *Finnegan’s Wake* de James Joyce y a la escritura<sup>4</sup>.

Pero preciso es recordar que en modo alguno fue la salida de Merton hacia la Jerusalén trapense una evasión sino todo lo contrario, un sendero para ahondar en su verdad interior e ir al reencuentro de “la realización de

la vida de Jesucristo en el alma”<sup>5</sup>. Como reconoció en una obra posterior, “Perdiéndome en Él me encontraré”<sup>6</sup>. La primera estrofa, según veremos, comienza estableciendo un paralelismo entre su monasterio, Nazareth, lugar de nacimiento de Cristo, y “la soledad divina” habitada por aquellos que “más que temer amamos ... estas espinas, el dulce árbol spikey del ave fénix” que en el poema podría contemplarse como símbolo de la cruz. Estos monjes se han adentrado en esta simbólica tierra baldía para abrazar la pasión de Cristo pero también su inmenso amor; el poeta los describe como “almas escindidas bajo su disfraz” que “se encuentran en el Cristo silencioso durante el oficio divino de maitines”. Su morada es el propio cuerpo místico, templo indestructible que aunque se derrumbe se levantará en tres días. Por ello el poeta enfatiza el hecho de que allí “toda vuestra desolación se reconstruye / a la par que vosotros os destruíis” y se asoma a la metáfora de la “rígida puerta de nuestro desierto”, rememorando la advertencia bíblica de: *“angosta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos son los que lo encuentran”* (Mt. 7, 13-14).

El poema dice así:

#### UNA CARTA A MIS AMIGOS

Esta santa Casa de Dios  
 Nazareth, donde Cristo vivió de niño,  
 Estos cobertizos y claustros  
 Incluso estas piedras y travesaños viven en el abrazo  
 De un sol más puro, pájaros más exóticos, y flores más hermosas.

Perdidos en un desierto de tigres y leones  
 Mas que temer amamos estos muros sagrados  
 estas espinas, el dulce árbol spikey del ave fénix.

Mas que temer, amamos esta soledad divina  
 Donde las almas escindidas bajo su disfraz  
 Se encuentran en el Cristo silencioso durante el oficio de maitines.

Nosotros que durante mucho tiempo hemos deambulado por aquellas multitudes perdidas,  
 (Adiós, ciudades angustiadas y tristes)  
 nosotros que hemos vagado como los trenes lastimosos que ahora escucho  
 (¡Fuera, ciudades entristecidas!)  
 nosotros oramos por vosotros aquí.

Aquí toda vuestra desolación se reconstruye  
 a la par que vosotros os destruíis  
 con vuestros funestos saberes.  
 Aquí en la Casa de Dios  
 Y en este Monte Santo,  
 Los campos se hermanan al cielo generoso  
 Mientras la reluciente luz de las estrellas, alimenta como el maná,  
 Toda nuestra áspera tierra y la bendice.  
 ¡Y mirad, cada ruina es una Jerusalén,  
 y las ciudades enfermas resucitan como Sión resplandeciente!  
 ¡Jerusalén, estas murallas y bóvedas  
 Estos emparrados y fragantes graneros  
 rígida puerta de nuestro desierto,  
 Arcos, ventanales, y torres!<sup>7</sup>

Cristo se convierte así en el centro de la vida de Thomas Merton. Durante los primeros años en la abadía dedicó gran parte de su inspiración literaria a la composición de poemas que expresan su anhelo de unión íntima, perseverando en su camino espiritual y en el duro esfuerzo de alcanzar su propio desprendimiento. El más alto y emocionante ejemplo dará pie al siguiente poema que presentamos a continuación, no sin antes realizar algunas breves observaciones.

En un contexto simbólico natural de viñas y campos de trigo que claramente hacen referencia al pan y al vino de la Sagrada Comunión, la composición celebra un ágape, las nupcias entre Cristo y el hombre que tienen lugar en el misterio de este sacramento de la Eucaristía o *sacramentum unitatis*<sup>8</sup> que nos regala el don del amor, la dicha de renacer en Cristo, como él mismo anunció: “El que come de mi carne y bebe de mi sangre habita en Mí y Yo en él” (*Jn*, 6-56). Iniciase este canto enardecido: “¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!” Pero conviene aclarar la formulación: ¿Una huida de dónde?, tenemos derecho a preguntarnos. El poeta parece desvelarnos que se trata de una huida de las cárceles de la carne, de la prisión del cuerpo individual y por tanto del alma individual (pues no hay cuerpo propio sin un alma que lo posea), en definitiva un claro intento de la anulación de la persona. No sabemos qué es cuerpo, en verdad no sabemos qué es cuerpo, se hunde en lo más hondo y es ajeno a toda facultad

superior: inteligencia, entendimiento, voluntad. Otros términos con connotaciones negativas como “muerte”, “oscuridad”, “noche”, se contraponen a lo largo de estos versos con vocablos que apuntan a la Majestad divina.

La paradoja aparece así como elemento esencialmente intrínseco al viaje espiritual: la voz lírica vive en tiniebla (“sácanos de la noche” suplica), pero es una tiniebla que ya es luz, es la luz que irradia en y desde Cristo. Es la tiniebla que precede a la aurora, que es ya aurora, la tiniebla presente en toda la tradición mística desde Dionisio Aeropagita y que fue tan bellamente cantada por San Juan de la Cruz, poeta que Merton leyó en profundidad y al que debe muchas de sus imágenes más penetrantes como ésta del vuelo. Se trata de un vuelo hacia la libertad que otorga el gozo de no desear nada, de no retener nada, de no tener que hacerse cargo de uno mismo, en resumidas cuentas de no existir. Todos lo sabemos y hemos experimentado alguna vez, aunque solo sea por vislumbres, cómo suele suceder.

Escuchemos el poema:

#### LA COMUNIÓN

¡Oh, dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
 ¡Oh qué secreto tan inteligente rompe las cárceles de la carne!  
 ¡Porque somos fugitivos, entre los radiantes viñedos,  
 Y viajamos celebrando la abundancia de los trigales,  
 Para encontrar a nuestro héroe, en su templo de luz!  
 ¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!

¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
 ¡Las viñas quiebran nuestras cadenas con sus risas!  
 Nuestras almas vuelven a casa tan serenas como las bóvedas celestes  
 Las trampas que la muerte, nuestra sutil cancerbera, nos tiende  
 Se diluyen en los rayos de luz!

¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!  
 ¡Despeja nuestra tiniebla! ¡Sácanos de la noche!  
 Y haznos libres para ser prisioneros de estos campos  
 (donde, entre las vides, el suave y misterioso sol  
 engendra en el vino nuestra eterna salvación)  
 ¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!



Usurparemos tus viñas e invadiremos tus colinas de trigo,  
Hasta que nos encierres, Jesús, en tu cárcel de luz!  
¡Oh dulce huida! ¡Oh vuelo jubiloso!<sup>9</sup>

En un primer momento, Merton fue providente en imaginar que la vida contemplativa en Getsemaní le ayudaría en ese camino de negación. Llego a escribir que el monasterio es “un lugar donde yo desaparezco del mundo como objeto de interés para habitar en todas partes desde la compasión y el secreto. Para ser omnipresente tengo que llegar a ser nadie y cualquiera”<sup>10</sup>.

Durante los inicios de su estancia en el claustro, consideró que incluso su vocación literaria podría suponer un obstáculo para la contemplación, como así dejó manifestado tanto en su prosa como en su poesía. En uno de sus pasajes autobiográficos leemos: “...allí estaba esta sombra, este doble, este escritor que me siguió hasta la clausura... Se supone que está muerto. Pero se levanta y sale a mi encuentro en el umbral de todas mis oraciones, y me persigue hasta entrar en la iglesia. Se arrodilla conmigo ante el altar, el Judás, y me habla incesantemente al oído (...) Y lo peor de todo es que tiene a mis superiores de su lado. Ellos no le echarán. No puedo librarme de él (...) Nadie parece comprender que uno de los dos tiene que quitarse de en medio”<sup>11</sup>.

A pesar de todas estas vicisitudes Merton redactó varios libros bajo la obediencia de su Abad, entre ellos “Acordes para un Apocalipsis”, de donde extraemos un poema que recitaremos a continuación. Nunca dejaría de escribir sino que por el contrario su espíritu literario le acompañaría a modo de un “Sinbad burden” durante toda su vida (recordemos cómo Sinbad transportaba siempre un “hombrecillo” sobre sus hombros). De forma prodigiosa supo reconciliar sus dos vocaciones de monje y poeta, llegando a reconocer en la escritura un medio de creación, crítica y contemplación<sup>12</sup>.

Léamos el poema:

EL POETA A SU LIBRO

Páginas compañeras, ha llegado el día temido de nuestra despedida

¿Quedará algo bendito en esa mitad de mí que habéis devorado?

¿Fuisteis en perfecto voto de obediencia, mi Cruz  
enviada para entregar mi vida a Cristo escribiendo?

¿Cómo florecerán las semillas en el surco de estos papeles?

¿O sólo me he desangrado para sembraros de piedras y cizaña  
perdiendo el tiempo por sumisión de mi propia voluntad?

¿Se magnificará tu pequeña sombra en la hora final  
Nublando la entrada en la blanca luz de eternidad?

¿Y te llevaré de nuevo, en el Purgatorio  
alrededor de mí como un cilicio de fuego?

¿o te soportaré sobre mis hombros  
como Sinbad su carga en un triste jubileo?

¿Es así como me convertirías en doble perdedor,  
tú traidor insaciable,  
que pagas con las oraciones y alegrías que me robaste,  
en mis mañanas trapenses?

Vete, charlatán testarudo,  
Descubre tu destino en los ruidosos confines del mundo  
Y prueba (si tus manos están limpias) el alcance  
de tu paciencia:

Utiliza las rimas que perturban mi silencio  
Y emplea tus centavos de plegaría  
Entre el griterío de las avenidas vacías de Cristo:

¡Y trata de rescatar al menos un prisionero  
de entre aquellas barreras de coches, de entre los engranajes  
de tanta infelicidad!

Con el tiempo, Merton comenzó a tomar conciencia de que la vida contemplativa de su comunidad se caracterizaba por una religiosidad demasiado exteriorizada o ritualizada, a veces incluso un tanto superficial,

basada en ideales o abstracciones y en una autocomplacencia poco sincera. Al final de los años cincuenta, este hecho le sumergió en una profunda crisis vocacional, “la guerra que llevo en mis entrañas” como él mismo la describe en el poema “El Remordimiento de Conciencia” que veremos ahora. Esta apasionante reflexión compleja y sutil fue censurada por ser calificada de “neurótica” y en un principio no fue publicada, aunque Merton la distinguió como una de sus mejores creaciones. Fue alumbrada por nuestro monje como respuesta al ataque mordaz que el escritor británico Graham Greene plasma en su obra *El americano impasible* respecto a la ausencia de acción en un mundo lleno de injusticia, y refleja el profundo deseo del poeta de trascender la actitud de mero espectador para involucrarse mas activamente en los problemas del mundo que le rodeaba<sup>13</sup>. A este propósito escribe:

#### EL REMORDIMIENTO DE CONCIENCIA

¡Graham Greene!, al leer tu último libro,  
 he sabido por qué detesto la leche  
 tú has diagnosticado la guerra que llevo en mis entrañas  
 contra la inocencia, contra la madre muerta  
 ésta que ha sido mi famoso refugio  
 durante veinte años.

Este lugar único que reivindica la paz  
 Es precisamente la celda  
 Donde se planea y realiza el mayor daño  
 Entre nosotros los silenciosos  
 Y yo vivo entre los más discretos.  
 Aquí estamos, como víctimas, creando conflicto  
 Amando la compasión y el desconocimiento  
 Con el que la luz permanece inflexible  
 En nuestro virtuoso cirial.

Y ahora ha llegado tu libro  
 Para atormentar la desventurada conciencia de los justos  
 Y la guerra aflora como dura prueba para el corazón.  
 No por caridad rehusamos odiar  
 Sino por pereza.

Ay, si yo fuera menos encarnizadamente sumiso  
 Y pudiese de nuevo recobrar cierta malevolencia  
 Y decir a la gente lo que siento  
 Quizás los odiaría menos  
 Por haberme amado así.

Lo sé: la decisión es inquebrantable  
 Nunca retornaré. No puedo de nuevo volver  
 A aquellos queridos lugares donde la vida fecunda  
 No es del todo ajena.  
 ¡No puedo otra vez contemplar  
 El mundo de tanto pecado y tan alegremente cometido!

A pesar de todo, ¡mira Greene! ¡Cristo está allí.  
 No en este edificio cándido  
 Sino allí, allí, andando por todas partes  
 Andando entre el humo y no en nuestro aire puro,  
 Sino allí, allí, justo en medio  
 De los pecadores!

¡Y aquí estoy yo, vaso en mano  
 Bebiendo las beatitudes pasterizadas  
 Y guerreando con el maldito Ohio en mi sangre!

En resumen, Greene, ¿me puedes decir  
 en qué va a acabar todo esto?  
 ¿me salvaré todavía,  
 y rasgaré el silencio finalmente con ese grito  
 al que siempre he temido?  
 ¿Escandalizaré tanto a estos inocentes  
 Que incrédulos me arrojen fuera de estas destartaladas granjas  
 Y llegue al cielo con la cruz al cuello?<sup>14</sup>

Como hemos comprobado, intenso fue el debate espiritual, la furiosa contienda de Merton contra su propia imagen de escritor de obras piadosas. Su crítica de la inactiva ociosidad e ignorancia dentro de su propio monasterio y de una Iglesia que no responde al paso del tiempo es latente. Hay incluso un momento en el poema en el que parece arrepentirse de su decisión de haberse convertido en monje. Su lucha interna fue adqui-

riendo poco a poco unos matices ciertamente dramáticos como nos muestra el siguiente poema pleno de melancólicas constataciones que nos acompaña. Su larga y contradictoria meditación se deja sentir aquí más viva y desnuda que nunca.

Escuchemos el poema:

¿EXISTE DICHA EN LA AMARGURA?

Esta tarde, permitidme  
Estar triste. ¿Acaso  
No puedo (como otros hombres)  
Estar cansado de mí?

¿Acaso no es lícito sentirme vacío  
o caer en el abismo  
o fracturar mis huesos  
en la trampa que yo mismo  
me he tendido? Oh, amigo mío,  
yo también he de pecar y peco.

Yo también debo herir a mis semejantes y  
(puesto que no soy ninguna excepción)  
ser odiado por ellos.  
Por tanto, no me prohibáis  
Probar vuestro mismo veneno amargo  
Ni beber la hiel en la que el amor  
(el amor más que cualquier otra cosa)  
tan fácilmente se transmuta.

No me neguéis (una vez más)  
Sentirme  
Colérico, resentido, desilusionado,  
Anhelar morirme.

Mientras la vida y la muerte  
Se debaten dentro de mí,  
Dejadme tranquilo. Puedo ser feliz,  
Incluso más que otros hombres, en esta agonía.

## Sólo

Rogad (quienquiera que seáis) por mi alma. Recordadle a Dios  
Mi nombre, porque en mi amargura,  
Apenas converso con Él; y Él  
Mientras está ocupado en afligirme  
No quiere escucharme<sup>15</sup>.

Con la venerable profundidad que lo distingue como pensador y *homo religiosus*, Merton se dispone para la única guerra que merece la pena vivirse, la guerra contra la falsedad de su persona y contra la balumba de mentiras demoleadoras y aplastantes de la realidad. Fue esta encarnizada lucha fecunda fuente de inspiración para la mayor parte de su poesía crítica que compuso durante los años sesenta en torno a una gran variedad de problemas contemporáneos que estaban afectando a una sociedad convulsa y desequilibrada. Obras como *Emblems of a Season of Fury*, *Cables to the Ace* o *The Geography of Lograire* aparecen como una implacable denuncia de la confusión y el error en el que vive la llamada cultura occidental y la equivocación que impregna toda su herencia política, religiosa, filosófica y científica. Se percibe en ellas una gran añoranza por parte del poeta de desaprender lo aprendido, “de no saber”. Matando el saber se mata la muerte se nos dirá de una manera un poco axiomática. Estamos ante una de los momentos más clarividentes del pensamiento mertoniano.

En este sentido, florecen los siguientes poemas, que precisamente hunden sus raíces en la rica tradición mística apofática cristiana pero también en el Budismo Zen. En el primero de ellos escucharemos con preciosa simplicidad esa incompatibilidad del ser con la vida, como contradicción perpetua. Un misterio que abraza y se consume en lo verdaderamente ajeno a conciencia, según concibió Merton también en su libro *Nuevas Semillas de Contemplación*: “la contemplación que es precisamente la conciencia de que este ‘yo’ es en realidad ‘no yo’ y el despertar del ‘yo’ desconocido que está fuera de la observación y la reflexión es incapaz de hablar acerca de sí (...) Su verdadera naturaleza consiste en estar oculto y ser anónimo y no identificado en la sociedad, donde las personas hablan de sí mismas y unas de otras”<sup>16</sup>.

El poema se titula "*Cactus floreciendo en la noche*", noche quieta y silenciosa, felicidad agreste abrasada por la plenitud del vacío.

CACTUS FLORECIENDO EN LA NOCHE

Conozco mi hora, que es oscura, silenciosa y breve  
Porque únicamente me hago presente sin previo aviso durante una noche.

Cuando llega el alba a los dorados valles me transformo en una serpiente.

Aunque sólo muestro mi yo verdadero en la tiniebla y  
Ningún hombre puede contemplarme  
(porque aparezco diurnamente en forma de sierpe)  
No pertenezco ni al día ni a la noche.

Nunca el sol ni la ciudad observan mi inmaculada campanilla blanca  
ni presienten mi instante de vacío sin tiempo:  
Nadie responde a mi magnificencia.

Cuando despierto alimento mi súbita Eucaristía  
Con la alegría insondable de la tierra

Puro y pleno, obedezco al espíritu del cosmos  
Complejo e íntegro, más que arte soy pasión arrebatada  
Profundo y excelso placer de las aguas esenciales  
Sacralidad de la forma y regocijo de la substancia:

Soy la suma pureza de la sed virginal.

Mi inocencia confusamente se divisa  
Y sólo por gracia divina  
Como una nívea caverna que carece de explicación.

Aquel que contempla mi perfección  
No se atreve a nombrarla  
Cuando definitivamente abro mi impecable campanilla  
Nadie cuestiona mi silencio  
El sabio rui señor de la noche emerge de mi boca.

¿Lo has visto? Entonces, aunque mi gozo  
 pronto se desvanece  
 vivirás por siempre en su canción:  
 Ya nunca serás el mismo<sup>17</sup>.

De manera profética escribió los últimos versos con los que concluyo como un verdadero ejercicio de meditación que halla correspondencia en el mito bíblico de la expulsión del paraíso pero también en los sutras orientales y en la forma de expresión budista de “kensho”. Son la enunciación tácita de lo innominado, del viento que no sabe de nombres, del amor sin nombre que tiembla siempre por debajo de todos los razonamientos de Merton. Todo esto es bastante revelador y maravilloso y pone de relieve las explicaciones que un día me transmitiera en Getsemaní el Padre Mathew, “Merton no pertenecía a nadie. No podía ser categorizado, etiquetado, clasificado, el fuego ardía y no sólo consumía a su persona sino a todos los que estábamos a su lado”.

Dejemos que hable el poema:

#### LA CAÍDA

Hay un no-lugar en ti, un paraíso que no es ningún sitio  
 y allí  
 No entras excepto sin historia.

Penetrar allí implica hundirse en lo innombrable.

Quienquiera que habitó allí no tiene hogar porque carece de identidad y  
 de puerta por la que salir y entrar.

Quienquiera que esté en un no-lugar es nadie, y por tanto no puede  
 Existir salvo como no-nacido:  
 Ningún disfraz le será útil

Alguien así ni se pierde ni se encuentra.  
 Pero quien tiene un domicilio está perdido.

¡Caen, caen en apartamentos y están confortablemente instalados!



Coinciden en las calles. Se les autoriza a  
desplazarse de un enclave a otro  
Ya reconocen sus nombres propios  
Pueden designar a sus amigos y saber  
Que sus teléfonos deben sonar alguna vez.

Aunque todos los teléfonos avisen al unísono, todos los nombres sean  
proclamados a la vez, y todos los coches colisionen en un mismo cruce:  
Aunque todas las ciudades exploten y se conviertan en ceniza  
No obstante las identidades se niegan a desaparecer. Hay una denominación  
y un número para todos.

Hay un lugar definido para los cuerpos, hay nichos  
Para las cenizas:  
¡El dinero puede comprar tal seguridad!

¿Quién se atrevería a caminar sin nombre en un universo tan seguro?  
Sin embargo, si somos sinceros, sólo los innominados  
se sienten en su casa.

Ellos llevan consigo el corazón de un no-lugar  
la flor no-nacida:  
Éste es el árbol del paraíso. Permanece oculto hasta el fin de  
Toda palabra, de todo argumento.

Con generoso atrevimiento han ido apareciendo y desapareciendo significativas intuiciones a lo largo de esta meditación a las que Merton regresa fielmente una y mil veces como principio de vida, como labor de crítica y del más descarnado descubrimiento. No podemos desentendernos de estos ejemplos. En ellos se nos exhorta continuamente como razón viva a no respetar la realidad como verdad, a no tener miedo de no ser, de no tener sitio en este mundo, a liberarnos de esa penosa carga de ideas que nos constituyen, a desprenderse, despojarse, desasirse de esa especie de yo sometido al tiempo, que cómo pesa, cómo dificulta, cómo entorpece todo. Recomendaciones que me gustaría esculpir hoy en estas páginas con todas las gracias de los cielos.

## NOTAS

- 1 Thomas Merton. *Incursiones en lo Indecible*. Santander: Sal Terrae, 2002, pp. 19-32.
- 2 *The Collected Poems of Thomas Merton*. New York: New Directions, 1977, pp. 19-20.
- 3 Fernando Beltrán Llavador. *La Contemplación en la Acción*. Madrid: San Pablo, 1996, p. 73.
- 4 Michael Mott. *The Seven Mountains of Thomas Merton*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1984, pp. xxii-xxiii; 127-128.
- 5 Thomas Merton. *Ascenso a la Verdad*. Buenos Aires: Sudamericana, 1954, p. 24.
- 6 Thomas Merton. *Nuevas Semillas de Contemplación*. Santander: Sal Terrae, 2003, p.58.
- 7 *The Collected Poems of Thomas Merton*. *Op.cit.*, pp. 90-92.
- 8 v. Thomas Merton. *El Pan en el Desierto*. Buenos Aires: Ed. Sudamericana, 1955, p. 100.
- 9 *The Collected Poems of Thomas Merton*. *Op.cit.*, pp. 40-41.
- 10 John Eudes Bamberger. “The Monk”, en *Thomas Merton: Monk*, p.50.
- 11 Thomas Merton. *La Montaña de los Siete Círculos*. *Op.cit.*, pp. 615-616.
- 12 Sonia Petisco. *La Poesía de Thomas Merton: Creación, crítica y contemplación*. Catálogo de Publicaciones de la Universidad Complutense, 2005 (Formato CDRoom).
- 13 “Estoy preparado para una confrontación de los problemas del s. XX”, escribe en su diario de esos años. V. Thomas Merton. *Conjeturas de un espectador culpable*. Santiago de Chile, Buenos Aires, Barcelona, México: Pomaire, 1966, pp. 8-9.
- 14 Este poema fue publicado por Patrick F. O’Connell en su ensayo “Sunken Islands: Two and One-Fifth Unpublished Merton Poems”, *The Merton Seasonal*, 12, No.2 (Spring, 1987), pp. 6-7. Halló el manuscrito en el archivo Curtis Brown de la Friedsan Library de la Universidad de St. Bonaventure.
- 15 *The Collected Poems of Thomas Merton*. *Op.cit.*, pp. 231-232.
- 16 Thomas Merton. *Nuevas Semillas de Contemplación*. *Op.cit.*, pp. 29-30.
- 17 *The Collected Poems of Thomas Merton*. *Op.cit.*, pp. 351-352.